

José Bianco, un perfil entre sombras

María Dolores Adsuar

SE CELEBRA EL CENTENARIO DE JOSÉ BIANCO: EDITOR, ESCRITOR, CRÍTICO, TRADUCTOR Y PERIODISTA ARGENTINO CUYA OBRA Y VIDA SE REPASAN EN ESTE TEXTO.

Quienes en París andaban a la busca del tiempo perdido -como Julio Cortázar en pos de La Maga, de una a otra orilla- tenían su paralelo en Buenos Aires lamentando la pérdida de un reino, como un Rufino Velázquez entregando su legado en espera de que el futuro le restituyera lo que jamás había tenido. Rufo, un escritor fracasado que no había pasado de ser simple promesa, resultaba el alter ego proustiano de José Bianco, editor, escritor, crítico, periodista y traductor. Su llegada al mundo había tenido lugar en Buenos Aires -«la ciudad de los sueños», la bautizaría Rubén Darío- en 1908, año en que, en palabras de Borges, la esperanza aún era fácil. Año, también, del nacimiento de Simone de Beauvoir, cuyas «bellas imágenes» traduciría y que, como él, fallecería en 1986.

Si bien Bianco había comenzado a estudiar la carrera de abogacía por expreso deseo de su padre, el joven acabaría abandonando los estudios para dedicarse a la traducción, colaborando como crítico al mismo tiempo en las diversas revistas culturales del momento, como *Nosotros* y *La Nación*. Por aquel entonces, Bianco reseñaba el desinterés de Marcel Proust y Stendhal por el ultramundo, ocupados como andaban por lo terrenal y mundano, donde sus obras abarcaban única y exclusivamente al hombre. Y señalaba, también, la incapacidad del novelista que por mirar al

cielo no advertía la «*urdidumbre* de belleza y de miseria». Tenía apenas 25 años, y recién había visto la luz su primer libro, *La pequeña Gyaros*, colección de relatos de los que, pasado un tiempo, únicamente salvaría «El límite». De hecho, en él encontramos el germen de lo que habrían de ser sus novelas, género por el que finalmente se decantaría más plenamente. Pero antes de ellas, se encontraría con *Sur*, o *Sur* le encontraría a él. Una flecha verde sobre fondo blanco marcando un punto cardinal.

El encuentro tuvo lugar en 1935. La revista, a la que Ortega y Gasset había dado nombre, había iniciado su andadura cuatro años atrás, por iniciativa de Waldo Frank y bajo la dirección de Victoria Ocampo –a su cargo hasta 1971-. Ocampo presentaba *Sur* como hija de quienes «han venido a América, de los que piensan en América y de los que son de América. De los que tienen la voluntad de comprendernos, y que nos ayudan tanto a comprendernos a nosotros mismos». Y en el seno de esta peculiar familia, Bianco comenzaba a trabajar primeramente como colaborador, más tarde como secretario, e inmediatamente después como jefe de redacción. Fue en aquel entonces, en 1938, en el primer número que preparara –dedicado éste a Domingo Faustino Sarmiento, uno de los padres de la patria argentina-, cuando Bianco «invisió» escritor a Octavio Paz, ordalía que recordaría éste haciendo «profesión de fe», nostálgico de la muerte como Xavier Villaurrutia. No sería Paz el único escritor al que Bianco ayudaría a consagrarse en aquellas páginas; otros, como Virgilio Piñera, encontraron en él la fría llave de su escritura. Y si bien la línea que marcaba la revista dejaba fuera a autores renombrados como Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones y Roberto Arlt –y posteriormente, y de forma sesgada, a los autores del «boom»-, gracias a las traducciones que vertía *Sur* fue posible conocer a escritores de la talla de Albert Camus, Virginia Woolf, Aldous Huxley, André Malraux, Graham Greene, Jean-Paul Sartre, William Faulkner... Allí, y a partir de entonces, Bianco entraría en contacto con todos ellos, y también, cómo no, con Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares. La mágica y amistosa tríada.

Precisamente para ellos, para la antología de literatura que compilaban, Bianco preparó en 1942 su novela corta *Sombras suele vestir*, que por no presentar a tiempo sería publicada dos

años después. Tomaba Bianco prestado de Góngora aquel verso sobre el teatro del sueño, y entroncaba de forma fantástica con *Vera* de Villiers de L'Isle Adam. Era la Jacinta de Bianco de la estirpe de Vera, y era el conde d'Athol el padre espiritual de Bernardo Stocker, aunque a éste añadiera unas preocupaciones bíblicas y renanianas de las que el primero carecía. Un Stocker que compartía siglas y apellido con el creador de *Drácula* (el gótico Bram Stoker), y que, como aquel, trascendía espacio y tiempo para reencontrarse con la amada. Del linaje de Jacinta, del de Stocker, surgirían años después las sombras desvestidas y deconstruidas de Paulina, con Bioy Casares, y de Aura, con Carlos Fuentes.

En 1943, Bianco realizaba otra incursión en el género bajo el título *Las ratas*. Una nueva novela corta, y el retrato de un artista adolescente, Delfín Heredia, que viviría su particular epifanía, paradójicamente, con la muerte de su hermano bastardo, Julio. Las huellas de Henry James fueron señaladas muy pronto por Borges, quien destacó, entre otras, la complejidad de los caracteres, el dramatismo de los hechos, «la estricta adecuación de la historia al carácter del narrador» y su «rica y voluntaria ambigüedad». La crítica acogió con entusiasmo la novela, y hubo quien, como Cintio Vitier en la lezamiana revista cubana *Orígenes*, lo adscribió bajo el signo de un diamante: «por el material oscuro, entrañable, indócil, llevado a cruel estructura y prosa exacta». Precursor de tantos, el tono confesional del narrador prefiguraba a Juan Pablo Castel, que de manos de Ernesto Sabato aguardaba aún unos años para revelarnos desde su encierro el crimen de María. Y sus ratas se emparentaban también con aquella que mencionara Juan Pablo, de la que podía haber contado —y mucho— Julio Heredia, que gastaba su tiempo en tallar sus cráneos. También, cómo no, con las que habitaban el particular universo de Fernando Vidal en *Sobre héroes y tumbas*.

Durante estos años, Bianco compaginó sus labores en *Sur* con la traducción. Gracias a él, el lector conoció sus versiones de *Otra vuelta de tuerca* de Henry James, de *La cartuja de Parma* de Stendhal, de Paul Valéry, de Samuel Beckett, de Ambrose Bierce, de Simone de Beauvoir, de Albert Camus, de Jean-Paul Sartre, de François Mauriac, de Jean Genet o Roland Barthes, entre otros. Bianco era de la opinión de que la fluidez de la traducción era

necesaria para evitar que el lector recordara constantemente que se trataba de una obra traducida, y permitir así que pudiera «seguir el delicado ajuste verbal del estilo en su lengua de origen».

Mientras tanto, un hecho trivial propiciaba su salida de la revista *Sur*, a la que había dedicado casi treinta años de su vida. En 1961, Bianco recibía de Casa de América una invitación a La Habana para participar como jurado en sus premios. Ante el temor de que su viaje a Cuba, tras el triunfo de la revolución castrista, diera a entender al lector un apoyo de *Sur* a la causa cubana, Ocampo solicitó a Bianco que publicara una nota en la revista para desvincularse y señalar que viajaba a título personal. Bianco no lo hizo, pero sí Victoria aprovechando su ausencia. Al regresar de Cuba y saber de lo ocurrido, Bianco presentó al instante su dimisión. Poco después, comenzaría a trabajar como editor en Eudeba, cargo que abandonaría voluntariamente en 1967 tras el golpe de estado del general Juan Carlos Onganía.

Será, por fin, en 1972, cuando Bianco cuestione la existencia de un reino que había sido para él. La novela llevaba por título *La pérdida del reino*, recordando aquel célebre verso nocturno de Rubén Darío. Bianco auscultaba el corazón de la noche, como sugería el poeta, y en su insomnio tenaz refería la historia de Rufo Velázquez, que bien podía haber sido la suya propia. De la obra referiría Octavio Paz el juego de transparencias, y ese «fluir invisible» que más tarde recordaría Borges al afirmar que «como el cristal o como el aire», el estilo de Bianco era así. La historia de Rufo revelaba un juego de dobles que desde un principio había marcado su escritura —la de Bianco—, de fracasos, de imposturas, de postergaciones infinitas, de proustianos e imposibles amores, de amantes compartidas en el torpe intento de saciar el prohibido y quizás más auténtico. Porque, como afirmaba Bianco, toda verdad, todas las verdades, habían de manifestarse, aun las más funestas. Y que el buen novelista debía decir, pero sugerir más aún, y que en ese decir se trascendía e inventaba «a sí mismo, porque él, quiéralo o no, forma parte de esa realidad que está elaborando estéticamente». Una realidad, la de Rufo, la de Bianco, que lamentaba sin reclamar, que se dolía sin esperar, sin confiar... Amparada en el olvido y descreída, verdaderamente, de que el tiempo restaurara cuanto había estado por llegar ©

BIBLIOGRAFÍA

- Bianco, José: «Inéditos y rescates», *Cuadernos hispanoamericanos*, n° 565-566, 1997, pp. 11-73.
- : «Páginas dispersas», *Cuadernos hispanoamericanos*, n° 516, 1993, pp. 10-38.
- : *La pérdida del reino*. Ed. B/Z. Barcelona, 1987.
- : *Las Ratas; Sombras suele vestir*. Barcelona: Anagrama, 1987
- Borges, Jorge Luis: «Las ratas», *Sur*, n° 111, Buenos Aires, enero 1944, p. 78.
- : «Página sobre Bianco», », *Diario El País*, 18 de septiembre de 1985, p. 11.
- Cervera Salinas, Vicente: «El reino de José Bianco», *Revista de filología y lingüística de la Universidad de Costa Rica*, vol. 27, n° 1, 2001, pp. 113-122
- Cobo Borda, Juan Gustavo: «El juego de las transparencias», *Revista de la Universidad de México*, n° 13, 2005, pp. 65-78.
- : «Páginas dispersas de José Bianco», », *Cuadernos hispanoamericanos*, n° 516, 1993, pp. 7-10.
- Matamoro, Blas: «José Bianco. El teatro del mundo», *Letras libres*, junio 2002.
- Ocampo, Victoria: «Carta a Waldo Frank», *Sur*, n° 1, Buenos Aires, verano 1931, p. 17.
- Vitier, Cintio: «Las Ratas», *Orígenes*, n° 3, año I, La Habana, octubre 1944, pp. 40-42.



Utiſiõ delectable de la phi-
loſophia ⁊ artes libera-
les: metaphiſica: y philo-
ſophia moral. .